

SAMANTHA POWER

Cómo procesar a Sadam Husein

El pasado 13 de diciembre Sadam Husein fue atrapado por las tropas estadounidenses escondido bajo tierra. Un acontecimiento tan esperado como este supuso una inmensa alegría para muchos pero al mismo tiempo también plantea numerosos interrogantes cuya respuesta resulta más complicada todavía. Sadam ya no está libre ¿Y ahora qué?

En 1946 Hannah Arendt comentaba en una carta a Karl Jaspers la imposibilidad de diseñar un proceso judicial que pudiera enjuiciar los horrores del nazismo. “Los crímenes nazis (...) superan los límites de la ley,” escribía la filósofa alemana (entonces en el exilio) a su mentor. “A diferencia de otros crímenes, estos sobrepasan y hacen pedazos cualquier sistema legal (...) Sencillamente, no estamos preparados para afrontar, en el ámbito humano ni en el político, una culpabilidad que va más allá del crimen, y una inocencia sin ninguna relación con la bondad ni con la virtud.” En su respuesta, Jaspers reprochó a Arendt que atribuyera a los crímenes nazis una especie de “grandeza”. “Yo creo que debemos ver las cosas en su total banalidad, en su prosaica trivialidad,” escribió, “porque esta es su verdadera característica. Las bacterias pueden provocar epidemias que diezmen naciones enteras, pero no dejan por ello de ser meras bacterias.” Fue a partir de este intercambio de ideas cuando Arendt comenzó a dar forma a los conceptos que la harían famosa.

Antes del 13 de diciembre de 2003 resultaba difícil pensar en Sadam Husein de manera banal: era el hombre que asesinó a los maridos de sus hijas, que lanzó productos químicos mortales que arrancaban la piel humana a tiras, y que cortó la lengua a posibles críticos. Debido a su implicación personal y directa en asesinatos y torturas, Sadam no era desde luego un eslabón más en la maquinaria. Él era la maquinaria, una máquina que mascaba y escupía sus propios eslabones. Pero, como suele ocurrir con los que acaban cubiertos de cadenas, y sobre todo con los que pasan meses conviviendo con ratas, el cautiverio tiene la capacidad de hacer que incluso el gigante más pétreo y poderoso parezca poca cosa.

Samantha Power es directora ejecutiva de Carr Centre for Human Rights Policy at the JFK School of Government at Harvard University, y autora de *A problem from hell: America and the age of genocide*, que ganó el Premio Pulitzer en 2003.¹ Este artículo ha sido publicado en *The New Republic*, diciembre 2003 - enero 2004, y cuenta con autorización para su reproducción

Traducción: Eric Jalaín

¹ Ver Samantha Power, “EEUU y sus respuestas ante el genocidio”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano 2002, N°78, pp. 9-19.

El rostro de Sadam, frágil, aturdido, similar al del *Unabomber* Ted Kaczynski, resultó ser un hipnótico y potente analgésico para los nervios estadounidenses e iraquíes, desgastados tras meses de ataques insurgentes cotidianos. Pero el drama de la captura del dictador pronto quedó eclipsado por la singular perplejidad que provocaba la siguiente pregunta: ¿Y ahora qué? ¿Qué deberían hacer las autoridades estadounidenses e iraquíes con un hombre cuyas masacres, cámaras de tortura, invasiones fronterizas y saqueos han superado los límites de la ley? La mayoría de los iraquíes y un presidente estadounidense parecen inclinarse por la pena máxima (léase: pena de muerte). Pero la pena que se aplique a Sadam resulta en realidad menos importante que todo el proceso judicial que preceda. Y, aunque EEUU será sin duda uno de los muchos jueces en el juicio de Sadam, debe subordinar sus intereses a los del pueblo iraquí. Las consideraciones que se deberían anteponer son precisamente las que rara vez son tenidas en cuenta en los juicios por crímenes de guerra: ¿Qué debe hacer el tribunal para brindar poder, entendimiento y confianza a aquellos que van a dirigir el futuro del país?

El juicio

Para lograrlo, el juicio debe celebrarse en suelo iraquí. Los tribunales de la ONU para la antigua Yugoslavia y para Ruanda tienen mucho que enseñarnos sobre los efectos indeseados de la "justicia deslocalizada". A su favor hay que reconocer que estos tribunales han condenado y neutralizado a algunos de los criminales más espantosos del siglo XX (muchos de los cuales, de otra manera, permanecerían impunes). Pero todos sus logros en cuanto a legitimidad internacional y propiedad en los procedimientos contrastan con sus carencias en términos de relevancia local. Para las víctimas y los supervivientes estos procesos están resultando penosamente lentos. A pesar de haber gastado más de 500 millones de dólares, el tribunal para Ruanda tan sólo ha juzgado, desde su formación en 1994, a 19 personas. El tribunal para Yugoslavia, que ha venido a costar unos 700 millones de dólares, está resultando en comparación un ejemplo de eficacia, habiendo juzgado ya a más de 40 personas desde su establecimiento hace una década. Pero el juicio a Milosevic, calificado en su momento como el juicio del siglo, pronto entrará en su tercer año.

Al localizar estos tribunales en La Haya y en Arusha (Tanzania), muy lejos de los escenarios de los crímenes, y al resultar sus sesiones a menudo tediosas, siendo rara vez retransmitidas, los supervivientes, testigos y personas próximas a los criminales apenas si prestan atención alguna. Compárese esto a cómo los israelíes se mantuvieron junto a sus radios en 1961 para seguir el juicio de Adolf Eichmann, celebrado en Jerusalén. El tribunal de la ONU para Ruanda contrató como investigadores a varios sospechosos de genocidio (un error que ningún departamento de recursos humanos ruandés hubiera cometido), perdiendo así, tal vez para siempre, el interés del público de Ruanda. Y puesto que estos tribunales internacionales han tenido que recurrir a su personal internacional, han sido tan rápidos en traducirlo todo al francés y al inglés como lentos en hacerlo al serbo-croata o al kinyaruanda.

Afortunadamente para el pueblo iraquí, tres días antes del arresto de Sadam el Consejo de Gobierno iraquí anunció la formación de un tribunal nacional, y eligió incluso un lugar como sede: el Museo de los Regalos de Sadam Husein en Bagdad, que antes albergaba los opulentos presentes ofrecidos por los numerosos jefes de Estado que vinieron a aclamarle. El presidente Bush, poco dado a tribunales internacionales, necesita ahora desesperadamente exhibir los crímenes del régimen de Sadam (el mejor argumento que le queda para justificar la guerra), y que se comiencen a ver muestras de la soberanía iraquí, por lo que no es probable que presione para remitir la causa a una jurisdicción extranjera.

Pero en su urgencia mutua por ver a Sadam juzgado en una corte iraquí, ni el Gobierno de Bush ni las autoridades actuales iraquíes están teniendo en cuenta los términos en los que se estableció el estatuto del presente tribunal. La ley fue confeccionada por los 25 miembros del Consejo, todos elegidos a dedo por la Autoridad Provisional de la Coalición de EEUU. Ni dicho estatuto ni por extensión el tribunal mismo han sido sancionados por el pueblo iraquí. Hay que reabrir un debate en torno a la regulación y objetivos de esta corte, para reforzar la implicación iraquí en los juicios que ésta lleve a cabo. De otra manera, el público iraquí no podrá asumir los límites y negociaciones inherentes a este tipo de procesos judiciales.

Sean cuales sean los errores o las crecientes dificultades que sufren los tribunales de la ONU, el estatuto del tribunal iraquí debería ser revisado para propiciar la participación extranjera. En un mundo ideal, en nombre de un autogobierno local pleno, esta corte debería componerse de jueces y abogados exclusivamente iraquíes. En el caso de los juicios a los nazis resultó esencial formar un tribunal internacional, pues la mayoría de los crímenes de Hitler fueron cometidos contra ciudadanos no alemanes, y porque el sistema legal alemán estaba totalmente corrompido. Pero Sadam se centró mayormente contra su propia población, y son los iraquíes los que deberían decidir su futuro.

*Sadam se
centró
mayormente
contra su
propia
población, y
son los
iraquíes los
que deberían
decidir su
futuro*

Los jueces

Desgraciadamente los iraquíes no viven en un mundo ideal, y la implicación extranjera es esencial debido a que resulta extremadamente difícil reunir un grupo de abogados locales independientes y respetados para formar la defensa y el equipo fiscal. La mayor parte de los fiscales y jueces iraquíes están marcados ya sea por haber servido al régimen del Baaz, por ser víctimas de su represión (¿acaso pueden las víctimas de un régimen juzgar con imparcialidad a sus opresores?) o por haber huido del país, pasando a formar parte del exilio iraquí, lo que los convierte a ojos de algunos en títeres de EEUU. E incluso si se lograra encontrar una cantidad suficiente de abogados aceptables, muy pocos contarían con tanta experiencia fiscal o judicial como para llevar a cabo procesos criminales de tal complejidad: que abarcan los últimos 35 años, requieren entrevistar a cientos de testigos, revisar miles de páginas de documentos y recolectar información forense de las aproximadamente 260 fosas comunes descubiertas por todo el país. La participación extranjera dispararía la impresión de que pueda darse un proceso de venganza

por parte de las víctimas, y reforzaría la ecuanimidad y calidad de los juicios, acudiendo a jueces curtidos en los bizantinos procesos contra crímenes de guerra de los años noventa.

Existe por lo menos un alentador precedente en lo que respecta a la mezcla de juristas extranjeros y locales. La comisión judicial de la audiencia mixta de Sierra Leona está compuesta por un magistrado local y dos de la ONU (uno de ellos de Camerún y el otro canadiense). Tres miembros de la comisión de apelaciones son de la ONU y dos de Sierra Leona. En Irak, en pos de la legitimidad local, la composición debería favorecer a los nacionales, con tres jueces iraquíes y dos extranjeros. Debería promoverse especialmente el nombramiento de jueces no occidentales, como el paquistaní Khalida Rachid Khan, presente en el tribunal para Ruanda, o el turco Mehmet Guney, que participa en los tribunales para Ruanda y Yugoslavia, así como jueces de la región, como el egipcio Amin el Mahdi, presente en el tribunal para Yugoslavia.

Esta internacionalización será acogida por los iraquíes como una cesión de poder, y no como un insulto, si son ellos mismos los encargados de nombrar a los magistrados extranjeros. Porque si estos son designados de la misma manera que se están repartiendo los contratos de reconstrucción de Irak (“el botín queda para los ocupantes”), entonces la inquietud a que se dé un proceso de venganza será sustituida por la impresión de hallarse bajo la justicia de los vencedores. Puesto que los iraquíes consideran a Naciones Unidas cómplice de la política de sanciones de los años noventa, no conviene que la organización internacional proponga a los jueces, sino más bien que sean los propios juristas internacionales los que se propongan directamente ante el gobierno iraquí que suceda al Consejo de Gobierno en julio.

Pero, incluso si el personal de este tribunal de Irak incluye experimentados profesionales extranjeros, necesitará tiempo para “hacerse al terreno”. Existe por supuesto la gran tentación de llevar inmediatamente a Sadam ante la justicia. Dos días después de su arresto, un miembro del Consejo de Gobierno iraquí ya afirmó que esperaba que el juicio comenzara “en las próximas semanas” y que condujera a una rápida condena y ejecución. Este planteamiento responde a la idea de que cuanto más rápido pueda juzgarse a Sadam, antes se garantizará a los iraquíes que su antiguo líder nunca retornará al poder, y a partir de entonces se podrá comenzar a construir la sociedad post-Sadam. Cuanto antes sea juzgado menores serán las probabilidades de que muera en cautiverio; ya sea por causas naturales (siete meses escabulléndose en una treintena de agujeros no debe de ser muy sano para alguien de 66 años) o porque logre suicidarse, como lo hizo Hermann Goering mientras estaba bajo custodia Aliada tras la II Guerra Mundial, posibilidad que sin duda Sadam ya ha contemplado.

Pero, hasta los más ansiosos por apretar el nudo de la soga deberían tomar nota de las cosas mal hechas cometidas incluso por tribunales dotados de tantos recursos y de personal tan experimentado en Derecho Internacional como los de la ONU. En sus primeros procesos se consumieron en detalles ajenos a la cuestión y acabaron en penas absurdas que después tuvieron que ser revisadas. Un tribunal iraquí sin duda cometerá sus propios errores, pero aún corriendo el riesgo de demorar este juicio hasta el final de todos los demás procesos, cada

paso del mismo va a ser observado tan de cerca y de forma tan cuidadosa que no vale la pena echarlo todo a perder por las prisas. De hecho, Sadam no debería de ser el primer iraquí en sentarse en el banquillo, pues es preferible meter la pata con el seis de corazones antes que con el as de picas.

No precipitarse permitirá que las autoridades tengan incluso oportunidad para acabar de apuntalar la seguridad local, y para desarrollar un programa de protección de testigos. La sociedad iraquí está tan dividida que aunque el juicio a Sadam pueda finalmente dar cuenta de sus atrocidades en un proceso colectivo y catártico, también encenderá los fuegos de la división religiosa, étnica y política de esta sociedad, provocando violentas manifestaciones y alentando a la resistencia. Resulta casi imposible concebir que una policía que no es capaz de protegerse a sí misma de los atentados suicidas pueda asegurar de forma convincente a las víctimas de Sadam, que su testimonio no va a causarles nuevas represalias. Cualquier tribunal de este tipo ha de contar como pieza clave con un programa de protección de testigos, complementado con asistencia a todos los que se decidan a revivir el infierno del pasado.

Los acusados

Aunque el Gobierno de Bush haya identificado a “los más buscados” publicando el famoso juego de cartas, corresponde a la corte iraquí decidir a quiénes hay que juzgar. Hasta el momento no se ha establecido ningún límite al número de iraquíes que serán procesados junto a Sadam. Puesto que el estatuto abarca los crímenes cometidos desde 1968 hasta 2003, el tribunal podría al parecer subir o bajar sus objetivos en la cadena de mando y responsabilidades y actuar indefinidamente. Pero cuando se han cometido y permitido atrocidades a tal escala, cualquier mecanismo de justicia debe ser selectivo. En estos momentos las tropas de la coalición mantienen a 5.500 detenidos en todo Irak. Cualquier intento de juzgarlos a todos resultaría altamente desestabilizador, y dañaría la calidad de la justicia aplicada.

Hay que establecer un límite claro en cuanto al número de sospechosos en busca y captura (incluso en Nuremberg tan sólo se juzgó a 22 líderes nazis). En caso contrario el proceso judicial podría acrecentar, más que disminuir, las dinámicas de venganza. Se debería complementar el tribunal con una comisión de la verdad que ofreciera a aquellos que no encabezan la lista la amnistía a cambio de su testimonio. También permitiría a numerosos iraquíes romper el silencio para mostrar el terror y las indignidades que tuvieron que soportar, lo que supondría un reconocimiento público de sus sufrimientos, así como un registro público del horror cotidiano, colaborando en la des-Baazificación amplia de la sociedad.

El único desenlace predecible del proceso de Irak es que a nadie (ni en Irak, ni en EEUU, ni en Oriente Medio ni en el escenario internacional en toda su amplitud) le parecerá que la condena se ajuste a la gravedad y barbaridad de los crímenes de Sadam contra la humanidad. Como Arendt escribió varios años después de su intercambio de ideas con Jaspers, “los regímenes totalitarios han descubierto sin saberlo que hay crímenes que los seres humanos no pueden castigar ni perdo-

nar. Cuando lo imposible se ha hecho posible, esto se convierte en una maldad sin castigo posible, imperdonable, tan absoluta que (...) la ira no puede vengar, [y] el amor no puede soportar." Sadam Husein ha hecho posible lo imposible, pero sus ciudadanos y sucesores tienen ahora la oportunidad de hacer lo mismo. Si los iraquíes son capaces de superar los juicios venideros con la dignidad, la sabiduría y el respeto a la ley que Sadam les negó, ésta será su mejor venganza.